

por Rayon con tantos esfuerzos, concluyó allí del todo, no saliendo ni una arma de fuego de las que había dentro del recinto fortificado, y dispersándose los honderos en todas direcciones, sin ir cinco reunidos por un solo punto. De la misma manera, la Junta Soberana se dispersó por varias direcciones, perdiendo un ojo en la refriega el hermano de D. Ignacio Rayon. Todos temían, como sucede siempre, que Calleja mandara algunos de sus regimientos bien montados en pos de los fugitivos, y en efecto, los hizo seguir por todos lados, yendo por donde suponía que iba el mayor número, el coronel marqués de Guadalupe con sus dos escuadrones de tamarindos, cuando de repente tuvo que hacer alto sintiéndose atacado con ímpetu por un pelotón de caballería insurgente. Los fugitivos tomaron ánimo y rodearon al marqués, que á duras penas pudo escapar salvando algo de su fuerza para regresar á Zitácuaro.

—¡Viva Rafael Fuentes! ¡viva el teniente coronel Fuentes! gritaron los de la caballería insurgente que acababa de aparecer á media legua de Zitácuaro.

—A mí la Junta! gritó el jóven varias veces y ordenó que se buscara por todos lados á los miembros de la Junta para tomar el camino de Tlalchapa.

A poco empezaron á reunírsele. Cuando llegó Rayon le entregó la carta de Morelos.

—¡Ay jóven! le dijo el general despues de dar una ojeada á la carta y estrechando la mano al oficial si no estuviera aun por allá en el Sur el ejército de Morelos, ya habria acabado aquí la revolucion! Gracias.

CAPITULO XV.

—
—
¡UN HÉROE!

Mientras el teniente coronel Rafael Fuentes escoltaba á la Junta de Zitácuaro y á algunos de los dispersos que en el camino fueron incorporándose muy desmoralizados, entre ellos el jefe y algunos cuantos ginetes del famoso Regimiento de «La Muerte», Calleja, señor absoluto de la plaza vencida, comenzó á dictar sus feroces disposiciones.

La primera fué mandar al patíbulo al subdelegado en compañía de otros 18 prisioneros, cuya ejecución se verificó al día siguiente del triunfo sin ninguna fórmula.

El cura y demas eclesiásticos, que se habian quedado porque no se consideraban culpables, fueron encadenados y conducidos á Valladolid á disposición del Obispo Abad y Queipo para que á su sabor los castigase por el delito que tuvieran ó fuera de suponerseles.

El día 5 despues de haberse saciado aquel caníbal en la sangre insurgente, publicó un bando previniendo que todos los vecinos, sin distincion de sexo ni edad, salieran en el término de tres días para que la ciudad pudiera ser arrasada. Todos los bienes de propiedad particular, sin escepcion alguna, fueron aplicados á la real hacienda. Los indios quedaron privados de todos sus privilegios con la obligacion de trabajar grátis en las faenas que se les impusieran.. Para lo sucesivo quedaba prohibido establecer en aquel sitio casa alguna que indicara que se pretendia formar nueva poblacion. Seria igualmente destruido todo pueblo que diera albergue á los individuos de la Junta, sus bienes confiscados y sus habitantes pasados á cuchillo. Antes de ser entregada la ciudad á las llamas, los soldados vencedores tenian libertad de entregarse al saqueo por todo el tiempo que fuera preciso para limpiar los domicilios abandonados. El Conde de Casa Rull quedó nombrado gobernador de la villa para dar cumplimiento al decreto de destruccion de Zitácuaro y de todos los pueblos comarcanos.

Los comerciantes pacíficos que habian dado bienestar á la populosa villa de Zitácuaro, los ancianos cultivadores de los campos que habian formado con el sudor de su rostro la herencia que comenzaban á disfrutar sus hijos y sus nietos; las viudas de los vecinos acomodados que habian perecido en los recientes combates; los niños de diez años, de cinco, de dos ó de menos edad, en los brazos de sus doloridas

madres; los enfermos de ambos sexos, todos en fin, los que habitaban antes tranquilamente sus grandes ó sus pequeñas casas, en medio de la opulencia ó de las privaciones, todos, todos tuvieron que salir en triste procesion de la derrotada villa, llevando apenas algunos comestibles para el camino, en obediencia del terrible decreto. El tirano castigaba en aquellas gentes indefensas las culpas, si culpa alguna habia, que hubieran cometido Rayon y los que habian designado aquel punto como el centro de sus operaciones.

Apenas puede concebirse que haya habido en el mundo monstruos como Calleja! Si Rayon y los de la Junta eran los culpables, ¿por qué no los perseguia y los ahorcaba? Pero oprimir, pero befar, pero causar la ruina y la muerte de tantas personas inocentes, ¿no era el colmo de la ferocidad? Todos aquellos infelices salieron en el segundo y tercero día de su querida villa, los unos graves y resignados, los otros enternecidos y vertiendo lágrimas, los mas arrastrándose casi agobiados por el peso de sus dolencias. Los hombres mas endurecidos se conmovieron al presenciar aquella escena horrorosa, aquel cuadro comparable solo con los que inventaba Nerón para su recreo, menos Calleja que presenció el desfile desgarrador con la sonrisa en los labios, creyendo que aquel castigo inicuo impuesto á seres desvalidos tenia la significacion de una legitima venganza.

Pero dejemos por ahora estas relaciones ingratas que llenan el espíritu de sombras á pesar del tiempo trasecurrido, y volvamos la vista á la ancha zona que

habia escogido Morelos para sus operaciones militares, en donde palmo á palmo y sacrificio á sacrificio, se iba ganando terreno en medio de una guerra de desolacion en que solo se daba cuartel, y no con frecuencia, por parte de los insurgentes.

Porlier, el jefe realista que guarnecía á Toluca, habia recibido órdenes y elementos para formar una armada que le permitiera acabar con los insurgentes que hubiera á su paso, hasta reunirse con Calleja sobre Zitácuaro ó en cualquier otro punto para caer de una vez sobre Morelos y destruirlo completamente, cuyo plan habia comenzado á realizarse con el mejor éxito, pues aquel general habia alcanzado una serie de triunfos en pocos días, apoderándose á viva fuerza de las posiciones fortificadas de Tenango y Tenancingo, y acabando con los fuertes grupos de insurgentes que le disputaron el paso de la barranca de Tecuoloya, en cuyos triunfos ganó mas de cincuenta piezas de artillería, muchos pertrechos de guerra, muchos víveres y mucha reputacion de entendido militar, pues que durante esas hazañas habia dado muerte á los bravos jefes independientes Sanchez, Rubí y otros, logrando destruir las dos fundiciones de cañones mas perfectas y mas importantes que habian logrado hasta entonces establecer los partidarios de la revolucion. Porlier habia limpiado, pues de enemigos todo el espacio de terreno que se le habia indicado, quitándose de encima unos veinte mil insurgentes por lo menos, y ya se ocupaba en alistar su

gente para marchar en pos de nuevas victorias ó á donde le dijera el gobierno, cuando vinieron á turbar sus ensueños de pacificador unos quinientos ginetes que mandados por Galeana se habian dejado ver en Tianguistengo, los cuales se anunciaban como la descubierta del ejército de Morelos que venia avanzando ya á marchas forzadas.

Porlier estaba en Tenancingo con toda su artillería que era mucha, con sus mil doscientos infantes de tropa escogida y sus novecientos dragones veteranos, lo mismo que con gran número de aliados, entre quienes se veían los terribles negros de las haciendas de Yermo que pasaban de trescientos desalmados; pero con todo y tener tan buenas tropas y tantos elementos, comenzó á inquietarle mucho aquella noticia y mandó á sus espías mas sagaces á que hicieran todas las pesquisas necesarias para que volvieran á darle una razon circunstanciada de las marchas y demas circunstancias del enemigo, mientras él se quedaba vacilando sobre si seria conveniente esperar ó tomar bajo su responsabilidad la iniciativa. Por lo que pudiera venir, dió parte al Virey de que el cura Morelos se aproximaba con el ejército mas regularizado de los insurgentes que hasta entonces se habia visto, el cual no podia bajar de unos cinco mil hombres. Morelos solo traía tres mil hombres escasos.

El Virey se apresuró á mandarle los auxilios que pudo, previniéndole que se sostuviera hasta que llegara Calleja con el grueso del ejército realista, cuyo jefe tenia ya órdenes muy terminantes para apresu-

rar sus marchas, con objeto de dar allí de una vez punto final á la revolucion.

El 15 de Enero las circunstancias se pusieron algo apuradas para Porlier: algunas partidas insignificantes tirotearon sus avanzadas, y él se hizo este cálculo:

—No se atrevieran si no se consideraran bien apoyados.

Esas partidas que no eran mas que guerrillas de exploracion fueron fácilmente ahuyentadas.

El 16 sus espías le instruyeron de que el grueso de las fuerzas insurgentes se habia dirigido á atacar la débil plaza de Tenango y esto le hizo salir el 17 apresuradamente para dar auxilio á aquella poblacion.

Se encontró al enemigo posesionado de Tecuoloya, punto en que hacia poco habia alcanzado un triunfo completo. Siéndole familiar el terreno, empleó la misma táctica, que tan buenos resultados le diera en la vez pasada, haciendo marchar una fuerte columna por un lugar distante que flanqueara las posiciones. La resistencia fué tenaz y costó mucha sangre, muriendo allí Oviedo que era un gefe realista de alguna importancia; pero el triunfo quedó por las armas españolas que quitaron la artillería despues de un dia entero de combate, siguiendo á los dispersos al pueblo inmediato á donde ya habia llegado Morelos con el grueso de sus fuerzas. El ataque que se dió á las trincheras levantadas allí con apresuramiento fué impetuoso, pero sus columnas fueron rechazadas, ya por el valiente cura Matamoros que hizo

prodigios de valor, ya por Bravo que hizo salidas oportunas con trozos de caballería, ya por el mismo Morelos en persona que aparecia en todos los puntos atacados, sosteniendo con su presencia y con sus frases llenas de fuego el vigor de sus soldados, que cuando él se encontraba delante, preferian siempre morir á volver la espalda. Una, dos y mas veces se empeñó Porlier en tomar la plaza haciendo uso de toda clase de estratagemas; pero los insurgentes tenian la conciencia de que si se dejaban vencer acababan el prestigio de Morelos y tal vez el último aliento de la revolucion ó hicieran proezas dignas de ser talladas en bronce. Vez hubo en que bien abierta la brecha con quince ó veinte piezas de artillería dirigidas á un solo punto que quedaba limpio de trincheras y de enemigo, se lanzaran por ella con ímpetu las columnas españolas, creyendo ya la plaza tomada y proclamando por suya la victoria al son de los clarines, cuando repentinamente se encontraban otra vez cubierta la brecha con los pechos mismos del cura Matamoros y de sus valientes que brotaban como de la tierra para disputar el paso á los asaltantes. Y como á la vez estos eran acribillados por los indios que ocupaban las azoteas, con una lluvia de balas y piedras, tenian que retirarse hasta que Porlier persuadido de que el pueblo era intomable y temeroso de que los insurgentes recibieran refuerzos, ordenó que se levantara el sitio, emprendiendo la marcha á poco para sus antiguas posiciones, no sin sufrir las hostilidades de Bravo que le fué molestando con la

caballería hasta obligarlo á dejar abandonada toda su artillería en el nuevo paso de la barranca, que el día anterior habia proporcionado á los realistas tan espléndido triunfo.

Porlier mandó destruir puentes, diseminar grandes piedras y trozos de árboles por los caminos á efecto de embarazar la marcha de los independientes, quienes venciendo toda clase de obstáculos, se presentaron el 22 de Enero delante de Tenancingo, plaza que habia sido bien fortificada y bien artillada por los realistas. Porlier habia tenido cuidado de reunir allí todos sus elementos, reconcentrando las partidas que guarnecian otros pueblos, todas las piezas de artillería que habia dejado de reserva y muchos víveres y municiones, fortificando la plaza y las alturas debidamente.

Morelos por su parte tomó las precauciones convenientes para acercarse á una plaza en que estaba un enemigo astuto y emprendedor, procurando que sus fuerzas permanecieran compactas y cada columna con sus respectivos gefes á la cabeza. Despues que se hubo acercado con todo orden, mandó romper los fuegos á la una de la tarde y emprender con muy mal éxito algunos ataques de reconocimiento en que se perdieron muchos hombres sin ningun resultado. Entonces con su natural instinto para la guerra, que nunca le abandonaba, procedió á situar sus baterías desde donde pudiera abatir los mejores fuertes del enemigo; pero como Porlier no era un militar adocenado, comprendió el perjuicio que le resultaria de aquella

nueva táctica si no le oponia un pronto remedio y destacó sus mejores tropas para que quitaran los cañones, cuya operacion se practicó fácilmente por los negros de Yermo que los lazaron y se los metieron á la plaza mientras se empeñaba el combate cuerpo á cuerpo entre los mejores combatientes de ambos lados. Los realistas, á pesar de sus ventajas, fueron rechazados al perímetro fortificado, por Morelos en persona, á quien le mataron el caballo sufriendo una caída que lo dejó horriblemente lastimado.

—No es nada esto, gritó levantándose, ya dije que hemos de triunfar y por Dios vivo que triunfaremos.

Entonces, para significar mejor que estaba dispuesto á vencer ó quedar en la demanda, mandó que le trajeran una caja de guerra y en ella se sentó tranquilamente dando frente á las fuerzas enemigas, desde cuyo sitio, que era en donde mas estragos hacia la metralla, siguió dictando sus disposiciones.

—¿Cuántos cañones tenemos? preguntó á Bravo.

—Nos quedan dos, señor general, contestó aquel con voz afligida.

—Con esos tenemos ¡qué diablo!

Y riendo á carcajadas para que todos observaran que no sufría dolor uinguno, aunque estaba completamente desquebrajado, mandó que fueran situados en un punto elevado que estaba á su derecha, encargando al cura Matamoros que él mismo dirigiera las punterías para las reservas que se descubrian en la plaza.

Sintiendo los realistas el resultado de las nuevas

disposiciones de Morelos y principalmente el fuego mortífero de los dos cañones que no perdían tiro, dijo Porlier á su capitán Michelena:

—Coja vd. tre-cientos hombres de la reserva y no me vuelva vd. á la plaza sin traerme esos dos cañones. Si logramos este golpe, yo salgo en seguida y respondo del triunfo.

El capitán realista Michelena corrió á obedecer las órdenes de Porlier y salió á quitar los cañones. Eran las cinco de la tarde. Morelos estaba allí, percibió el movimiento, adivinó en el acto los designios de Porlier y mandó llamar á Galeana, al cual le dijo:

—Ocúltese vd. en emboscada inmediatamente con doscientos de sus hombres cerca de la artillería que va á verse en gran peligro dentro de diez minutos. Pronto, pronto.

Michelena salió en efecto con todo sigilo con trescientos infantes y se dirigió resueltamente á los cañones; ya se había apoderado de uno de ellos; pero de súbito cayó Galeana sobre los asaltantes, acuchilló al mismo Michelena y á otros muchos, haciendo volver en desórden á los pocos que lograron escapar ilesos de aquella jornada.

Desde aquel momento la situación de los sitiados comenzó á hacerse insostenible, y Porlier, al oscurecer del día 25, ya con el fin de atemorizar á los insurgentes, ya con el de poderse retirar á favor del desórden, mandó pegar fuego á la población y á las diez de la noche, después de día y medio de combates re-

ñidos, emprendió la fuga abandonando toda su artillería y procurando salvar sus heridos y bagajes.

Si bien los realistas estaban destrozados, los insurgentes no podían menos que sentirse postrados también por la fatiga, así es que aunque Bravo salió con alguna caballería no pudo empeñarse en el combate porque los caballos apenas podían con los ginetes y tuvo que regresar á Tenancingo con poco botín quitado al enemigo. En cambio Morelos tuvo tiempo de avisar á las partidas sueltas que no formaban parte de su ejército que ocuparan á Tenango y no dejaran entrar allí á los realistas fugitivos, lo que se verificó á medida de sus deseos, teniendo entonces Porlier que dirigirse con los restos de su destrozado ejército á Toluca á donde entró en un estado lastimoso, produciendo la consternación de los adictos á la causa del gobierno.

Cuando el cura Morelos hubo acabado de dictar sus disposiciones para la ocupación de la plaza de Tenancingo, en la que acababa de jugar el todo por el todo, cayó desvanecido abajo de la caja de guerra en que había permanecido sentado catorce horas seguidas espuesto á todos los fuegos del enemigo, teniendo que levantarlo y cubrirlo con sus ropas Matamoros que en aquel mismo momento llegaba á felicitar al general por un triunfo tan disputado.

Esta hazaña de Morelos solo puede ser comparada con la de Cortés quemando sus naves. Ni uno ni otro querían sobrevivir á la derrota. Morelos sentándose en el tambor frente á las posiciones enemigas, quiso

dar á comprender á los suyos que ó triunfaba ó se quedaba allí muerto ó prisionero.

De aquel sitio fué llevado á la cama y curado, entregándose despues á un sueño reparador, rendido, como estaba, por el cansancio. A los dos días sin estar aún repuesto de la caída, se puso nuevamente en campaña. ¡Qué hombre era el gran Morelos!

CAPITULO XVI.

RIVALES.

El desdichado Porlier que apenas habia logrado escapar, con algunos restos muy maltratados de su vistoso Ejército, luego que llegó á Toluca, escribió al Virey diciéndole que se habia sostenido todo cuanto pudo, logrando disputar varias veces la victoria al enemigo, tanto que le habia sido preciso ceder al mayor número perdiendo en una noche, en unas cuantas horas, todas las grandes ventajas antes alcanzadas, despues de haber estado esperando inútilmente dia tras dia, el auxilio que se le habia ofrecido de Calleja, que hubiera sido tan eficaz como que ya no existiria la revolucion por aquellos rumbos, que ahora quedaban por completo en poder de los envalentonados insurgentes.